

**1.—ACTUALIZAR LA TRADICION DE LAS ESPAÑAS**

por

**Francisco ELÍAS DE TEJADA**

Señoras y señores:

Al amparo ahora de la Sección de Filosofía Jurídica y Social del Instituto de Estudios Políticos, nos congregamos hoy, una vez más, para unas Jornadas Culturales, que, además, son para quien ahora os habla una de las reuniones más gratas que existir puedan: la de la rama juvenil del Centro de Estudios Históricos y Políticos "General Zumalacárregui".

Con ellas se pretende poner en contacto personal a todos aquellos que, desde apartados lugares de Madrid, han colaborado continuamente en las tareas de los Seminarios de la Sección de Filosofía Jurídica y Social del Instituto, aportando sugerencias, recibiendo y discutiendo por correo los resultados de nuestros trabajos aquí, colaborando inteligente y generosamente a la empresa que nos mueve: *clarificar y actualizar la tradición de las Españas*.

Lo que aquí ahora discutamos será como el resultado de los diálogos que en la lejanía hemos ya reiteradamente sostenido; será el fruto de tantas meditaciones enhebradas en silencio y alejamiento; será —por decirlo con esa palabreja que no me gusta, porque no es nuestra, pero que ahora está de moda, incluso dentro de la Sagrada Teología—, será, digo,

la toma de conciencia de nuestros comunes pensamientos y de las comunes responsabilidades que nos incumben en este momento gris, y esperemos que pasajero, de la historia de nuestras Españas adoradas.

Tristeza que se torna en alegría para mí, y creo que interpreto el sentir de la generación que ya se marcha, al decir que para todos los viejos aquí presentes; y ello porque es particularmente grato, casi conmovedor incluso, contemplar la hermandad que resulta de las *tres características de estas Jornadas*. A saber: la identidad en unos ideales imperecederos; la estricta índole cultural de nuestras actividades y la primera cosecha humana tras tantos años de luchas encendidas.

## 1. IDENTIDAD DE IDEALES.

La identidad en los ideales, porque nosotros, con ser pocos y ni siquiera representar lo poco que somos en las presentes coyunturas oficiales, donde otros muchos menos que nosotros suponen, no sé por qué, mucho más, con dar en hartos más menguados, representamos algo que está por encima de todos y de todo: la *conciencia verdadera* de las Españas. Somos, en medio de una sociedad dicha de consumo por definir de algún modo el utilitarismo y el oportunismo ambientes, el sufragio de los siglos, la voz de los muertos que han levantado la realidad histórica de España. Continuamos unos muertos en la carne, porque su espíritu alienta en nosotros, que no sabemos ser ni descartados ni mudables. Llevamos sobre nuestros hombros, flacos pero exclusivos en el empeño, la herencia impar de tantos esforzados varones que generación tras generación, con rigor heroico o con magníficos saberes, han creído en *Cristo* y han labrado esta cosa entrañable que es *la Patria*. La tierra de los padres que sube por encima de las geografías del momento para encarnar en la inmensa geografía espiritual de aquel Imperio donde jamás se

ponía el sol, precisamente porque los que nos antecieron supieron ser martillo de herejes, espada de Roma a veces contra la misma Roma y cuna de San IGNACIO, soldado, santo, poeta y español.

Igual que ellos, creemos en el *Dios* de las católicas verdades inflexibles, único Dios y, por ende, no sujeto ni siquiera para su reconocimiento a ningún albedrío de humanas voluntades; ya que al apartarse de El, Dios único, el hombre pierde todo derecho a cualquiera clase de respetos, digan lo que digan esos propugnadores de unos derechos naturales del hombre en los que, por mucho que sean bendecidos por concilios y apoyados por clérigos que aquí no explican las palabras de Jesucristo, no pasan de ser blasfemias disimuladas desde la hora en que anteponen la libertad desenfrenada de la mentira a la Verdad objetiva que en nuestro Dios único se encuentra.

Igual que ellos, creemos en las *Españas* como brazo armado de Cristo sobre la faz de la Tierra. En las Españas unas y varias, nunca unificadas al ser hijas de la historia y no frutos de ninguna locura matemática de cuño democrático. Las Españas, integradas por tantos pueblos de tantas peculiares diferencias, unidos en la fe en el mismo Dios y en la fidelidad al mismo Rey.

Igual que ellos creemos en los *Fueros* concebidos como realidades históricas, en cuyas letras cuajó la más espléndida justicia de esa que llaman ahora social, sin darse cuenta de que la justicia no puede, por definición, ser más que social o no ser nada; y en donde se manifestó el más perfecto sistema de libertades políticas concretas, cabalmente en la medida en que los Fueros son la encarnación en las leyes

de lo que es la justicia distributiva, sin quimeras de abstraccionismos igualadoramente falsos.

Es igual que ellos creemos en la *Monarquía*, cifra y compendio de la historia nuestra, justificada en la medida en que un monarca no caiga en tiranías; esto es, cuando cumpla los fueros y al cumplirlos respete libertades, sujete con la vara de su justicia a individuos cuanto a grupos de presión religiosos, políticos o económicos, defienda las Españas y sirva al Dios único por el que nuestros padres pelearon y murieron.

## 2. PROPÓSITO CULTURAL

Otro segundo rasgo es el de la estricta índole cultural de estas Jornadas, rasgo que es esencial a cuanto haga el Centro de Estudios "General Zumalacárregui" y que hemos mantenido inexorablemente en nuestros trabajos bajo los muros de esta casa en que nos encontramos hoy. Índole estricta y severamente cultural, que espero resplandezca en el rigor doctrinal de las ponencias que vamos a discutir y de las aportaciones que cada uno de vosotros hagáis en persona, cual ya lo hicisteis muchos por correspondencia, al pensamiento tradicional de las Españas, para la actualización eficaz y para el perfeccionamiento hasta en el menor de los detalles.

Aunque me duele ya la boca de repetirlo, lo diré una y cien mil veces más: no somos políticos en la acepción vulgar de la palabra, hoy atada al desprestigio. Somos cultivadores del pensamiento político. Y ello porque nuestra ambición es más noble y más egregia. Queremos sentar en el "Zumalacárregui" las

premisas que hagan posible continuar la historia nuestra, con la lealtad a nuestros muertos que faltara a un CÁNOVAS DEL CASTILLO, en un esfuerzo apasionado de lealtades donde se aquilate lo permanente de nuestro ideario sin mengua de las aplicaciones a las circunstancias sucesivas de los tiempos.

Que no fue fundado el "Zumalacárregui" para escalar puestos de poder con menoscabo del más mínimo de nuestros principios; ni nos juntamos los fundadores con el empeño de saltar desde este trampolín a gobernaduras civiles, ministerios, direcciones generales o consejos de administración. Testigos me sean los viejos aquí presentes. Fundamos el "Zumalacárregui" para una cosa mucho más sencilla: *estudiar*, con lealtad de hidalgos bien nacidos. Exclusivamente para eso, y nada más. Por tanto, las Jornadas actuales están selladas con el afán de estudio en el que sepamos ser fieles a quienes tallaron las Españas y ser enemigos de quienes las destruyeron o destruyen.

Ya sé que fuera de aquí no faltarán quienes os digan que estamos perdiendo el tiempo miserablemente. Unos, porque aún juzgan que las grandes batallas por el tradicionalismo se pelean a bofetadas en la calle o a tiros en las breñas. Estos no se han dado cuenta todavía que hoy la batalla por los ideales tiene un campo de combate diferente, que las trincheras son los puestos universitarios, que los cañonazos son los libros, que las asechanzas están en las galeradas de la prensa. Otros, porque opinarán con suficiencia grotesca de pedantes infinitos, que la tradición es cosa muerta, que de lo que hay que hablar es del progreso, que si hablamos de restaurar la tradición perdida nos exponemos a seguir la suerte de la mujer de LOT y a

transformarnos en estatuas de sal quebradiza y sin alientos. Estos ignoran que la tradición es la última palabra del saber humano, lo que está más en boga en la ciencia; tan en boga, que uno de los menesteres de que hemos de ocuparnos es de evitar se exagere el valor de la tradición, tal como viene haciendo la última palabra de la ciencia moderna.

Estos tales están todavía anclados en la cultura de hace cien años, tan contentos de emparentar con los liberales del 89, con los demócratas del 48 o con los dialécticos neohegelianos del marxismo. Cuando liberales, demócratas y marxistas profesan doctrinas que hoy están más que enterradas; cuando el resaltar la tradición, incluso exageradamente, es la característica más típica del saber de nuestro tiempo, retrasados en la cultura, nos llaman retrasados a nosotros, en el mismo instante en que la pomposa ciencia europea trae por conclusiones señalar a la tradición como la clave de la realidad misma del hombre.

Son los nacionalistas del positivismo hecho política o los marxistas que operan con categorías acuñadas por HEGEL; o sea, quienes están retrasados respecto al siglo XX; los fantasmas ideológicos que aún se empeñan en vivir de los errores del XIX, por no saltar la barrera del 1900.

Ved, por ejemplo, qué es lo que significa la obra ingente de Wilhelm DILTHEY: la afirmación de lo histórico como distinto de lo natural. Con la consecuencia de que el hombre es lo que es por su tradición viva, puesto que naciendo animal abortado incapaz de defenderse con los saberes aprendidos por los caminos del instinto, lo que de veras sabe lo aprendió por los senderos sociológicos. El hombre se distingue de



los animales fundamentalmente por algo más importante que por el tamaño del cerebro o que por la contextura física; se diferencia en que recoge de otros hombres por vías extrañas a la biología el saber acumulado por generaciones anteriores; sepárase porque hace suyo el saber de otros hombres, esto es, en que se asume para usarlo el tesoro de la tradición. Sin la tradición, sociológica y biológicamente, el hombre no se distinguiría de un animal. Y no lo he dicho yo, lo ha dicho nada menos que ese JOSÉ ORTEGA Y GASSET, gran vertedor de la ciencia extraña entre nosotros e ídolo de los papanatas europeizantes. Recogiendo lo mejor de DILTHEY escribe ORTEGA en su estudio sobre RENAN, recogido en el tomo I de sus *Obras Completas* (cito por la página 460): "Lo que diferencia al hombre del animal es ser un heredero y no un mero descendiente; la herencia de todos los afanes humanos ha venido a enriquecernos; lentamente se han ido inventando las virtudes, las reglas metódicas para el pensar, los tipos ejemplares del gusto, la sensibilidad para las cosas remotas, y todo ello ha ido cubriendo, ocultando la bestialidad de nuestra materia original."

Tan de actualidad está el planteamiento de la tradición como raíz esencial de lo humano, que incluso en la ciencia más moderna llega hasta ahincar en la biología, con un extremismo que nosotros nos hemos negado a compartir, y que si lo traigo hoy aquí, con sus radicales exageraciones, es para recordaros que incluso para los biólogos modernos, con ser ateos y extraños a nosotros, es la tradición la clave de la realidad humana. Leed a Jacques MONOD (en la página 169 de su libro *Le hasard et la nécessité*, editado en París, en 1970, por las Editions du Seuil): "Il est par-

faitement vrai que tout, chez les êtres vivants, vient de l'expérience, y compris l'innéité génétique, que ce soit le comportement stéréotypé des abeilles ou les cadres innés de la connaissance humaine. Mais pas de l'expérience actuelle, renouvelée par chaque individu, à chaque génération: de celle accumulée par l'ascendance entière de l'espèce au cours de l'évolution". Y más adelante (en la página 177): "Tout être vivant est aussi un fossile. Il porte en soi, et jusque dans la structure microscopique de ses protéines les traces, sinon les stigmates, de son ascendance. Celà est vrai de l'homme bien plus encore que de toute autre espèce animale en raison de la dualité, physique et idéale, de l'évolution dont il est l'héritier".

Limpiar de semejantes errores por exceso el sentido de la tradición, restituyéndola a su marco histórico de historia viva y a su marco sociológico de saber acumulado, es una de las tareas que os sugiero para las presentes Jornadas. Y si he traído aquí los textos de Jacques MONOD, premio Nobel de biología, es para que comprendais cuánto somos actuales respecto a esos pobres retrasados culturales adscritos a la ciencia positivista o a los postulados indemostrables del materialismo dialéctico de MARX.

### 3. PRIMERA COSECHA HUMANA.

El tercer detalle para quien os habla es el más emotivo de todos; es la presencia en esta sala de tantos rostros jóvenes, que a los de mi generación nos llenan de esperanzas infinitas. Quienes ya vamos por el declive en la carrera de la vida y máxime los que

como yo carecemos de hijos de la carne, centramos nuestros sueños en que no mueran en el mañana los ideales que nos queman las entrañas. Máxime si esos ideales son los de las Españas nuestras, misioneras y belicosas, cristianas e hidalgas, confederadas e imperiales; la más hermosa creación del genio humano, porque lo único que supera a la gesta de nuestros padres fue el pálpito de Dios pisando los campos de Judea. Empero eso es quehacer divino y debajo del quehacer de Cristo, en el plano puramente humano, nada existe par con las gestas españolas.

Los que ya nos vamos yendo pausada pero inexorablemente de la vida, lidiamos por unos ideales a los que sacrificamos ambiciones de medro, paz en las relaciones sociales, anhelos de poder, todas esas cosas con las que en todos tiempos la sociedad o el mando suele comprar a los hombres que se ofrecen como mercancías. No quisimos ser esclavos de nadie, ni vendernos en ningún mercado. Fuimos injuriados y maldecidos por los mismos que, al despreciarnos, lo que hacían con su desprecio era ocultar la envidia de no ser capaces de ser como nosotros somos. Fuimos los locos de Dios, los necios devotos de los muertos, los que por vivir en paz con nuestros muertos no éramos tan vivos como muchos vivos.

Y aceptamos este lugar de la existencia conscientemente, deliberadamente. Nos lo exigía nuestra obligación suprema de pisar las huellas de quienes ejemplarmente nos precedieron en la senda del honor y del deber, de creer lo que ellos creyeron y pelear por lo que ellos pelearon. La muerte heroica de ellos, luminosa en los resplandores de la historia, ha sido para nosotros acabamiento lento en la oscuridad de

nuestros rincones olvidados, ha sido vituperio y menosprecio hasta por parte de quienes tanto nos debían, ha sido oscuro tizón que parecía no subir ya jamás a blanca llama.

Y he aquí que hoy, de repente, cuando el tizón escupido y pisoteado parecía definitivamente destinado a no pasar de rescoldo que inexorablemente fuera enfriándose, veo en vuestros ojos las llamas que nosotros, los de mi generación, no alcanzamos a ser nunca. A vosotros, jóvenes de la Tradición de las Españas, que estáis aquí para recoger nuestro relevo.

Lo que soñamos ser y no fuimos, vosotros podéis serlo en el mañana. Y cuando ya esta carne perecedera venga a pagar su tributo y sea puñado de cenizas bajo una losa protectora que impida sople el viento y las avente, nosotros sabemos que vosotros rezaréis sobre nuestras tumbas, tal como nosotros rezamos sobre las tumbas de quienes nos precedieron en el sendero del honor y del deber. Nosotros, los viejos aquí presentes, sabemos hoy que en esas oraciones en las que pidáis a Dios perdone nuestras culpas, pondréis al borde de nuestra fosa, como un manojo de lirios espigados en los terruños de las Españas adoradas, la lealtad misma con la que nosotros cubrimos de oraciones y de margaritas ilusionadas las huesas de nuestros abuelos. Nosotros, los leales que nos vamos yendo, sabremos hay leales todavía, fieles al FELIPE II señor mayor de nuestras gestas, y fieles al CARLOS VII abanderado de nuestra causa santa. Nosotros entenderemos no acaban las Españas con nuestras muertes, porque estáis vosotros ahí para recoger la antorcha que nosotros impedimos se apagara.

Y no solamente recogerla del rincón triste en donde nosotros la escondimos, porque las fuerzas nuestras fueron tan menguadas, que no pudimos hacer más que evitar fuera apagada por las infernales tempestades enemigas; sino que la erguiréis como un lábaro de salvación, para que su luz transmita a las generaciones venideras la verdad del Cristo de Lepanto y de Santa María de Guadalupe.

Dios os lo pague a vosotros que venís, brazo fuerte y mente clara, a recoger el relevo de la antorcha de la tradición de las Españas. Dios os pague, ya de antemano, la lealtad con que nosotros sabemos rezaréis sobre nuestras tumbas de locos enamorados de infinitos. Dios os lo pague, hijos y sucesores nuestros, que seguiréis atando el hilo de una tradición cuyo corte sería el final de nuestras gentes. Perdonad no os podamos enseñar otra cosa que el saber que recibimos, que el afán con que fuimos leales, que esta esperanza que nos sustenta al encendernos las fibras más recónditas del pecho. Tened piedad de nosotros si no pudimos daros otra cosa. Pero hacednos la justicia de reconocer que en estas horas de reniego, nosotros no renegamos nunca; de que jamás oímos cantar el gallo reprochador en ninguna antecámara de ningún Caifás; de que nunca caímos en hacer mercadería de los ideales y de la ilusión de nuestros padres.

Hoy os los entregamos. Proseguid la historia nuestra, perdonándonos no supiéramos conseguir más que esta transmisión de ilusión y de ideales ensoñados. Porque en este hora del relevo que ya se avecina, os entregamos un tesoro intacto, el de la tradición de las Españas, que nuestros abuelos crearon y que

de nuestros padres recibimos. Recibidlo con el empeño esperanzado con que procuramos servir Causa tan grande y servidla mejor que nosotros fuimos capaces de servirla. Que el Dios solo verdadero, el Dios de las Españas misioneras, ponga en vuestros labios una oración por los que os predecimos y en vuestros brazos una fuerza de la que nosotros carecemos.

Y si alguno caéis en la tentación; si un día los halagos os atraen; si de tigres descendéis a gatos; si de integérrimos bajáis a componendas..., solamente os pido en nombre de todos los de mi generación que no os acordéis para nada de nosotros. Os renegamos como hijos y os maldecimos con la maldición de los traidores.

Pero yo sé, lo leo en vuestros ojos, que ese baldón jamás caerá sobre nuestro "Zumalacárregui". Porque sois hidalgos españoles y la traición anda reñida con la hidalguía española. Mejor que nosotros, yo sé sabréis ser dignos de todos los que han vivido silenciados y de todos los que han muerto por Dios, por la Patria y por el Rey. Como nosotros queremos vivir y morir. Porque si alguno de los viejos que aquí estamos cayera alguna vez en envilecimiento de traiciones, yo os suplico que nos escupáis en el rostro que la traición hubiera fermentado y que nos maldigáis por indignos de haber sido eslabones en la cadena secular de la Tradición de las Españas.

Tradición de las Españas cuyo legado os transmitimos. Gracias por asumir responsabilidad tan grande. Y gracias por este espectáculo que borra tantas injurias y tantos vituperios. Desde hoy sé que el "Zumalacárregui" no ha sido cosa inútil, puesto que ha

servido para que no se rompa el enlace entre los que se fueron y los que ya venís en el brío de la lealtad a estos ideales comunes que nos juntan y que son la eterna verdad de las Españas.

Y nada más.